

JACINTO GRAU DELGADO

El tercer demonio

ESBOZO DE COMEDIA EN UN ACTO



Copyright by, Jacinto Grau Delgado, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

5



EL TERCER DEMONIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL TERCER DEMONIO

ESBOZO DE COMEDIA EN UN ACTO

DE

JACINTO GRAU DELGADO

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 24 de Febrero
de 1908



MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1908

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

GABRIELA, señora viuda.....	SRTA. SUÁREZ.
LUISA, amiga de Gabriela.....	DOMUS.
PILAR.....	ALBA.
AURELIO.....	SR. PUGA.
DON PABLO DE ANDARA.....	RUBIO.
EL SEÑOR DON FACUNDO MAN- JÓN Y DONOSO.....	MOBA.
NINÍ, su mujer.....	SRA. TOSCANO.
PEPITO, modisto.....	SR. BARRAYCOA.
CARMEN, camarera al servicio de Ga- briela.....	SRTA. OTEBO.

La acción en Madrid y en casa de Gabriela

Por derecha é izquierda, las del actor

A Juan Fabré y Oliver





ACTO ÚNICO

Cuanto espacioso, muy alumbrado. Tonos blancos en el techo y en las paredes, sólo adornadas con tres grabados, reproducciones de Watteau y un retrato al pastel. Los marcos oscuros, artísticos y sobrios. Ambiente femenino. Un refinado gusto y una gran espiritualidad en todo. Muebles de hechura inglesa, finos, alargados de línea ondulante y graciosa. Chimenea encendida á la derecha. Piano de cola en el extremo izquierdo. Adjuuto estante lleno de partituras y papeles sueltos de música. En el ángulo derecho, puerta entreabierta. A medio descorder cortina, de un tinte suavísimo. Por entre puerta y colgadura vese una parte reducida de la estancia contigua, una sala muy severa, á medio alumbrar. En lo alto de la pared oscura, entre la penumbra, se destaca un retrato al óleo, de hombre moreno, enlutado y señoril.

A cada lado, en primer término, de la escena, una puerta pequeña.

A la derecha, vecina á la puerta de la sala contigua, está sentada Gabriela, junto á la chimenea, ante una mesa cubierta con amplio tapete.

Entre las manos sostiene un espejillo de mango largo. Se mira absorta. Parece buscar en su cabellera espléndida, sedaña, de un negro lustroso, el asomo de alguna cana prematura.

Gabriela es una mujer de treinta años, con apariencias de veinte

Elegante, de figura flexible y fuerte, el rostro como el de esas inglesas de Tomás Gainsborough, aristocrático, agudo, penetrante, con visos de exaltado, por cierta vida tumultuosa, muy sepultada en lo interior. Sentada, é inclinada ante el espejo, forma su cuerpo una curva esbelta y prolongada. La espalda ancha, larga, sólida y arqueada por la postura, aparece como el lomo de un felino.

Negro el traje, la falda amplísima, negros los pendientes. Todo de esa elegancia sutilísima, que no gusta á los elegantes profesionales.

Al levantarse el telón Gabriela mira y remira su rostro, reflejado en el espejillo, y pone en el mirar toda esa ávida curiosidad de los exámenes interesadísimos. Silencio en la escena, que debe empezar siendo sólo un cuadro (1).

ESCENA PRIMERA

GABRIELA. Luego CARMEN y LUISA

CARMEN

(Por la puertecilla de la izquierda) La señorita Luisa.

GABRIELA

(Sin interrumpir su examen.) Que pase aquí.

CARMEN

En seguida. (Vase. Pausa breve.)

LUISA

(Por donde Carmen.) ¿Sola?

GABRIELA

(Levantando la vista del espejo.) Sí, sola afortunadamente.

LUISA

(Mirándolo todo, casi siempre, por entre unos inapertinentes ostentosos.) ¿Admirándote, eh?

GABRIELA

No. Examinándome.

(1) Véase, imitándolo, en lo posible, un grabado del «The Studio» correspondiente al mes de Diciembre. 1906.

LUISA

Es lo mismo.

GABRIELA

Lo mismo, lo mismo, no.

LUISA

(Quitándose el sombrero.) ¿Te estorbo?

GABRIELA

Al contrario.

LUISA

(Sentándose junto á Gabriela, después de besarla.) ¡Vaya una víspera de matrimonio espléndida! Estás ideal. (Más examen por entre los impertinentes.)

GABRIELA

Ideal y con canas.

LUISA

¿Canas? (Sin dejar sus lentes.) Yo no veo ninguna.

GABRIELA

Las primeras, generalmente, las ve sólo la interesada.

LUISA

(Paseando sus impertinentes por la cabellera de Gabriela.) ¿Dónde están?

GABRIELA

Ve á saber. Las eché al ire.

LUISA

¿Al aire, eh? ¡Y des nada menos! ¿Y cuándo, cuándo?

GABRIELA

Ahora mismo y sin salir de casa. Eran como dos hilos blancos, muy largos, larguísimos.

LUISA

Mujer, dí hebras de plata. Es más bonito.

GABRIELA

¿Ya? ¿Luciendo los clásicos ya? Si no hace dos días que lees libros escogidos.

LUISA

No me hables. Me he atrevido con media *Semíramis* de Calderón, con media nada más. Es muy pesada, hija, muy pesadita; pero suena muy bien. Hay que leerla en alta voz. Le he dicho ya á Perico que no me dé más libros antiguos. Prefiero los franceses modernos. Yo no siento más edad que la presente. ¿No has salido hoy?

GABRIELA

No.

LUISA

Yo no podría estarme todo un día metida en casa.

GABRIELA

Yo soy muy casera á rachas. Y estos días más. Tiene algo de especial una casa, la noche antes de un cambio de vida. Una habitación que mañana desharán los tapiceros, que ya no veré más. Estas horas son para mí como una espera de viaje, en la que pienso en lo pasa-

do y aun siento curiosidades de niña, por lo que me aguarda. Parece que cara á cara yo, y estas cosas de mi casa, nos juzgamôs y hacemos un balance. Hay muebles que se ven todos los días y se les conoce una vez sola.

LUISA

¡Tú eres poeta. Lo dice Perico. Gabriela es un sér aparte. Yo no siento todas esas cosas que tú sientes.

GABRIELA

Pues, hija, esto que te digo es lo menos que yo siento. ¿Hace frío en la calle, verdad?

LUISA

Muchísimo. Y eso que ha hecho un sol hermoso.

GABRIELA

(Arrellanándose en el asiento.) ¡Sentir este ambiente dulce de casa tranquila y confortable! Un placer barato.

LUISA

Eso de barato será para tí. A mí la calefacción me sube un pico. ¿Y tu futuro?

GABRIELA

Debe estar bien.

LUISA

¡Qué suerte tienen algunos hombres!

GABRIELA

Hoy vienes hecha un almíbar.

LUISA

Siempre he dicho que eres guapísima.

GABRIELA

Estoy en lo alto de la curva. De hoy en adelante descendiendo.

LUISA

Por ¿ hora amenaza ser un descenso muy lento... y si tan largo me lo fias...

GABRIELA

(Casi para sí.) ¡Treinta años!

LUISA

En todo eres original. ¿Qué necesidad tienes de decirlo? Pareces más joven que yo y me llevas cinco. Claro, no has sufrido, no has amado, y, para postre, te aguarda una vida espléndida.

GABRIELA

Cualquiera que te oyese, creería que tú has sufrido, has amado y has echado cosas de menos en el mundo.

LUISA

Sufrir no es padecer, hija; es aguantarse. Me he pasado la vida echando cosas de menos. ¡Y las que echaré! Figúrate, Perico es un marido acomodado nada más. Papá no es rico tampoco. Todo lo mío es mediano.

GABRIELA

Pues nadie lo diría, porque el tren que gastas...

LUISA

Búrlate. Vaya un tren. Todo mediocre. Hotelito chico. Un solo automóvil. Un solo coche de un caballo. Un solo viaje al año. Todo á ración y escatimado. Es decir, lo cursi, dentro del mundo elegante. Y á eso le

llamas tú tren; tú, que podrás tener desde mañana un *garage* entero, una cuadra completa y un almacén de coches, si te da la gana. Luego compara tu ya casi marido con el mío...

GABRIELA

No veo la necesidad.

LUISA

Es un decir. El tuyo tiene por oficio hacer dinero, manejar millones. Convén que es un bonito oficio. El mío tira para académico. Tiene el buen humor de emplear sus treinta y cuatro años en escribir libros de erudición. ¡Será estúpido Perico! No te compares conmigo, por Dios. Tu marido sabe vivir. El mío no sabe más que ahorrar de una renta insuficiente, y meterse en cosas que fueron y no le importan á nadie. ¿Quieres que cambiemos?

GABRIELA

Tampoco veo la necesidad.

LUISA

Lo creo. Yo en tu caso tampoco la vería.

ESCENA II

Las MISMAS y CARMEN. Luego PILAR

CARMEN

La señora Baronesa.

GABRIELA

¡Se nos coló!

LUISA

¡Válgame Dios! ¿Por qué recibes hoy?

GABRIELA

¡Qué he de recibir, mujer! Pero á los íntimos no puedo negarme. ¡Cualquiera evita á Pilar!

CARMEN

Aquí está. (Apártase á un lado para dejar pasar y vase.)
(Al entrar Pilar levántanse ambas. Luisa como de costumbre, requiere sus impertinentes.)

PILAR

(Una señora sobrado madura. Alta, gruesa, siempre sofocada por el asma, siempre lacrimosa.) Vengo ahogándome. (Resoplido.) ¡Ufff qué fatiga!... ¡Siempre lo mismo! (Resoplido) Buenas tardes, Luisa. (Besando á Gabriela con muchos alardes de cariño.) ¿Qué tal esas visperas de matrimonio, Gabriela? Una amiga más que pierdo. Hubiera sentido no verte hoy. ¿Salís de Madrid en seguida?

GABRIELA

Nos casamos á las once y salimos á las dos.

LUISA

¿Vais á Niza?

GABRIELA

Hemos cambiado el itinerario. Vamos á Roma y luego á Florencia.

LUISA

Yo iría á París, siempre á París. Dicen de Viena, dicen de Berliu. Yo París, París, siempre París.

PILAR

(Sentándose. Gabriela y Luisa la imitan.) Yo, nada, cada vez peor y con menos humor. Todo lo que quiero en el mundo se va.

LUISA

¡Quién como usted; riquísima, viuda, sin obligaciones!...

PILAR

Usted tiene ganas de oirme, como de costumbre. Le regalo á usted la dicha de la viudez. ¿Para qué vivo yo en este valle de lágrimas?

LUISA

Para divertir á los demás.

GABRIELA

¡Luisa!

PILAR

¡Déjala, déjala! El caso que hago yo de sus bromas... ¡Uf! (Resoplido.) Estoy pasando unos días entre ahogos, sobresaltos... Imagínate que cada día se me aparece más veces mi pobre Rafael. Esta tarde, viniendo aquí, por poco no me caigo redonda en la calle. Creí verlo entre la gente... Todo por hacer caso al médico que me recomienda mucho ejercicio. Apenas uso coche durante el día, y como de noche no salgo...

GABRIELA

¿Pero cuándo te vas á curar de esas manías, Pilar?

PILAR

Serán manías. Pero si tú lo vieras como yo...

GABRIELA

No sé cómo no procuras sobreponerte de una vez. Eso es una ridiculez.

PILAR

Será todo lo ridiculez que quieras, pero yo lo veo, lo veo como te veo á tí, como veo á Luisa, como lo veía á él en vida, con todos los trajes que llevaba. Lo veo vestido de bata, de americana, de levita, de frac, según las horas.

LUISA

¿Y sin trajes, no lo ve usted nunca?

GABRIELA

¡Luisa!

PILAR

¡Cuando yo digo que es usted muy ocurrente! Quisiera darle á usted mis penas y este ahoguito.

LUISA

No se esfuerce usted en convencerme, Baronesa. Yo los tomaría si pudiera aliviarla á usted.

PILAR

Gracias, gracias. ¡Qué generoso está el tiempo! ¡Uf! (Resoplido.) Ayer noche, estando en casa de la Santa Agueda, creí verlo de frac, retorciéndose el bigote. Fué un segundo, pero creí morirme. Entre gente no lo veo más que un instante. Es como un pasar. Me asusto, me fijo y ya no lo veo. En seguida me ahogo. ¡Uf! (Resoplido.)

LUISA

(Reprimiendo la risa.) ¿Y cuántas veces lo ve usted al día, Baronesa?

GABRIELA

No contestes, Pilar. Los que te hablan de eso en broma te acaban de trastornar.

PILAR

Pero si aunque no me hablen lo veo. El otro día, sin ir más lejos, en casa del médico, cuando estaba yo más interesada oyendo sus consejos, ¡plaf! se me aparece en la mampara de la puerta del gabinete de consulta. Entonces iba de americana, con un cigarrillo emboquillado, de esos de escudo dorado que él fumaba. Pero no creas, lo ví de tal modo, (Resoplido) con tal precisión, que di un grito terrible. Aquel era mi Rafael, mi verdadero Rafael. Cuando el médico miró, ya había desaparecido. Pero por las noches, cuando estoy sola en casa, entonces persiste... Lo veo á ratos largos... Parece que va á hablarme.

GABRIELA

Yo de tí, me iría al extranjero, á ver un buen especialista en enfermedades nerviosas, no porque no los tengamos buenos aquí, sino porque te convendría cambiar de clima y de ciudad.

LUISA

Y de marido. Siga usted el ejemplo de ésta, Baronesa. A los dos años de enviudar, sin quitarse siquiera el luto, sustituye al esposo.

PILAR

¡Para Gabriela es el mundo!

LUISA

Gabriela es un astro.

GABRIELA

Sin órbita. Un astro perdido.

PILAR

Gabriela ha nacido para mujer del gran mundo, para

pasar como un chorro de luz iluminándolo todo. Las mujeres como Gabriela, no necesitan querer, ni tener hijos, ni afectos. Se deben á los demás.

LUISA

Eso parece una alusión, Gabriela. Yo de tí me ofendería.

GABRIELA

Yo de tí me callaría. Siempre la interrumpes, y eso la excita más.

PILAR

¡Ufl (Resoplido.) Ya estoy acostumbrada, Luisa es así. Tampoco comprende una mujer como yo nacida para tener familia.

LUISA

Aun es tiempo. Lo dicho: otro marido.

PILAR

¡Para maridos estoy yo!

LUISA

Para maridos, no. Para un marido, sí.

PILAR

Ni en confitura, ni cubierto de oro, ni con todas las gracias juntas. Yo solo vivo ya para su recuerdo. Muchas veces lo veo sin asustarme. Aun no me ha hablado, pero me hablará. En ciertos momentos me mira tiernamente, como diciéndome: Pilar mía, no hagas caso á nadie. Se burlan de tí. La gente es maligna. Quisieran verte en manos de cualquier vividor trapiondista, que se diera buena maña para ventilar tu fortuna y la mía juntas. Tú ya no estás para gustar á hombres.

LUISA

¡Qué poco galantes son los difuntos!

GABRIELA

Dejemos eso. En todo Madrid son ya célebres las apariciones de Rafael.

CARMEN

(Por donde se fué.) Señora, el modisto.

GABRIELA

¿El modisto? ¿A éstas horas?

CARMEN

Dice que desea consultar con la señora.

LUISA

¿Es Pepito?

GABRIELA

¿Quién había de ser?

PILAR

Vaya una alhaja. ¡Qué cuentas, hija, qué cuentas! Y eso que llevo luto, y todo lo uso sencillo. Ese hombre es peor que un ladrón de caminos. Yo no le compro ya nada.

GABRIELA

(Levantándose.) Que pase al saloncito.

LUISA

No. Recíbelo aquí.

PILAR

(Levantándose también y con impetu.) No, aquí no. ¡Uf! (Resoplido.) Ese hombre me excita los nervios. Aquí no, por Dios. No puedo resistirlo.

GABRIELA

Vuelvo. (A Luisa.) Ya lo oyes. A Pilar le excita los nervios.

PILAR

No, por mí no. Yo os dejo.

GABRIELA

No faltaba más. De ningún modo.

PILAR

No es cumplido. Ahora recuerdo que me espera la de Rizorostro.

GABRIELA

En ese caso...

PILAR

¡Uf! (Resoplido.) Sólo quería verte un momento, abrazarte. (Besándola.) Una vez casada, serás por completo del mundo. Una amiga más que se va.

LUISA

Esta vuelve.

PILAR

Como si no. Ya no será la amiga de antes. Hasta mañana, Gabriela. Iré á la iglesia. Hasta el último momento quiero estar junto á tí. Desde que te quedaste.

sin madre yo he procurado sustituirla. ¿No habrá apenas gente en la boda, verdad?

GABRIELA

Intimos y contadísimos. Ocho personas.

PILAR

(Besuqueando y abrazando á Gabriela.) Adiós, hija mía, adiós, hasta mañana.

GABRIELA

Como gustes; pero por el modisto no te vayas.

PILAR

¡Quita allá! ¡Por ese trasto! ¡Uf! (serie de resoplidos.) Verlo y sentir una impresión repelente, es lo mismo. ¡Qué asco de hombre! ¡Uf! Tan pintado, tan perfumado. ¡Uff! Adiós, adiós, adiós. (Con gran precipitación en las palabras.) No salgas, quédate. Yo soy de casa. ¡Ay, cómo tengo las piernas! ¡Qué dolores! No voy más á pie. Adiós, adiós. ¡Cuándo me llevará Dios con mi Rafael! El más santo varón que pisa el cielo.

LUISA

Todo el santoral tiene la palabra.

PILAR

(En el quicio de la puerta.) ¡Qué Luisa ésta! Quieta, Gabriela. Yo soy de casa. Adiós. ¡Uf, uf, uf! (Vase Carmen tras ella.)

GABRIELA

Loca. No tiene remedio. Loca.

LUISA

Rematada, hija, rematada. Debían intervenir, recluir-

la. Suelta ya no divierte. Bien dice Perico. Inutilidad de la señora en Occidente.

GABRIELA

¿Perico dice eso? ¿Y tú qué le contestas?

LUISA

Perico dice de la señora. No de la mujer. Y nosotras somos señoras y mujeres al mismo tiempo.

GABRIELA

Progresas, progresas al lado de Perico.

CARMEN

(Sin pasar de la puerta.) Ha salido como una bala. ¡Y dice que se ahoga!

GABRIELA

Bueno; no te pregunto. Dí al modisto que pase. (vase Carmen.)

LUISA

¿Para qué querrá el dinero Pilar? ¡Cuidado que es rical

GABRIELA

Poderosa.

LUISA

Que tú tengas fortuna, se comprende. No lo siento. ¡Pero Pilar! ¿No es tentar á la Providencia, que esa mujer tenga un capitalazo muerto? ¡A mí, en cambio, que sabría disfrutarlo!...

GABRIELA

Claro, como eres tan pobre. ¡Un solo automóvil! ¡Un solo coche! Debías ahorcarte.

ESCENA III

GABRIELA, LUISA y PEPITO. Después CARMEN

PEPITO

(Un hombre bajo, afeitado, empolvado. Media edad. Pintados los ojos, los labios, las cejas, cuidadísimo. Peinado ondulado con ricitos en la frente. Cartera negra flamante bajo el brazo.) ¿Da permiso la señora?

GABRIELA

Adelante.

LUISA

Buenas tardes.

PEPITO

(Ademanos melosos. Cortesía extremadísima.) Casi noches. Encantado de encontrar aquí a la señora. (Por Luisa, ante la que se inclina profundamente.)

GABRIELA

Usted dirá a qué se debe su visita.

PEPITO

Señora...

GABRIELA

Si viene usted a pedir prórroga, me divierto. Lo necesito todo listo mañana.

PEPITO

Estará. Falta poco. Trabajaremos toda la noche para la señora. Palabra de Pepito. He venido, contra mi costumbre, porque hasta el último momento, Pepito esta

en todo, como he tenido el honor de decir varias veces á la señora. Mis oficialas, aunque escogidísimas, no pueden adivinar esos detalles de refinamiento, de gusto supremo que surgen á cada paso. Viendo el diseño del último sombrero de la señora, se me ha ocurrido una modificación genial. Como el ala del sombrero es avanzante, el vuelo del vestido *après midi* debe ser declinante, sin broches. *Toilette* Word, año ochenta. Yo, aunque me esté mal decirlo, soy una sensitiva. Presiento el último suspirar de la moda y el primer latido de una novedad. Si yo en vez de trabajar en Madrid trabajase en París, tendría otra suerte. ¡Oh, París! Allí se comprende un artista. Mi amor á este Madrid, que me vió nacer, me ha hundido. Me lo dijo Word, *mon grand maitre*: «Usted debe establecerse en Londres, no en Madrid.» Pero yo empeñado, cada vez más empeñado..!

LUISA

Ya, ya.

PEPITO

En crear aquí un gran centro de moda, para lo que no sólo basta gusto. Precisa alcanzar la sublime habilidad del fruncido.

LUISA

¿Usted mismo frunce?

PEPITO

(Casi aterrado.) ¿Pero no me ha visto la señora fruncir? ¿No? ¿De veras no? ¿Es posible? ¡Jesús! ¡Qué desolación!

LUISA

No sé, si...

PEPITO

Ca, no me ha visto, no, fruncir, si no, ¿cómo olvidarlo? Yo frunzo como nadie... Sólo Dubois, alguna vez

me igualó... Mi primor y delicadeza en las manos, me permite dar los últimos toques..

GABRIELA

Al grano, Pepito, al grano.

PEPITO

¡Es que tiene uno cada disgusto! Si todas fueran como las señoras, pero muchas sobre no pagarme, se ríen de mí, sin perjuicio de utilizarme. Y eso que muchas me deben, amén de dinero, el que se las pueda mirar. Antes de llegar yo, y no lo digo por las señoras, ¡cómo vestía en Madrid la grandeza! ¡Ay qué vulgaridad! Yo me he desmayado, así como suena, desmayado, muchas veces de vergüenza. Sobre todo, cuando ví aquella familia de Campo-Albicante. ¡Ay, qué familiar

GABRIELA

Pepito, tengo cierta prisa...

PEPITO

Perdón, señora, perdón. Aquí está el diseño. (Sacando el dibujo de la cartera.) ¿Vé la señora? Doble vuelo en espiral. Dos pliegues sólo, muy sencillos. Todo sencillo, muy sencillo, retesencillo. (Gabriela examina atentamente el diseño.)

LUISA

Sé que ya domina usted el mercado.

PEPITO

¡Pse! Se va uno metiendo, se va uno metiendo.

LUISA

Las modistas de Madrid le odian á usted.

PEPITO

Algo envidiosillas, algo envidiosillas.

LUISA

¿Y qué ha hecho usted de aquel acento francés?...

PEPITO

Tuve que dejarlo á escape. Todos me remedaban. Y me ha costado disimularlo, después de tantos años de París.

GABRIELA

(Devolviendo el dibujo.) No está mal.

PEPITO

¿Mal? Queda maravilloso. La de Villarretoño, quería algo como esto, pero yo la he disuadido. ¡Con aquel talle! Y siempre me dice unas cosazas. Parece mentira, cómo son las señoras de la grandeza. Yo casi desmayado de vergüenza...

LUISA

¿Qué le dijo á usted, qué le dijo?

PEPITO

Imposible, de todo punto imposible...

LUISA

¿Pero tan atroz fué?

PEPITO

Atroz, atroz. Esa es la palabra; atroz. Y es que aquí, señora, todo lo que no abonan las costumbres, se ódia y ridiculiza. Soy el primer modisto de fuste, que ha habido en Madrid. Superé á Word, y en cuanto al incomparable Dubois, puedo asegurar que de todos los modistos del mundo, yo soy el más Dubois posible. Pues bien, aquí lo he pagado caro.

LUISA

¿Cobrado querrá usted decir?

PEPILO

Pagado, señora, pagado. Todas mis clientas me han zarandeado y escarnecido. Todas me han tomado á *pitorreo*. Y perdón por la palabra. La aprendí al volver de París. La más pequeña de las Risantas no la suelta de la boca. Parece que se la han pegado en ella. *Pitorreo* por aquí, *pitorreo* por allá. Y dice también *coba* y *cobita* y otras cosas peores, que no me atrevería yo á repetir.

LUISA

Repítalas usted, repítalas. Nosotras estamos curadas de espanto.

GABRIELA

No; no las repita usted.

CARMEN

(Por la puerta izquierda.) El señor de Andara.

LUISA

Tu futuro. ¿Y te visita en vísperas de boda? No es la costumbre.

GABRIELA

Pero es natural si le sale de adentro...

LUISA

¿Qué dirá tu tío?

GABRIELA

Tonterías como siempre.

LUISA

Yo os dejo.

GABRIELA

Harás mal. Quédate.

LUISA

Perdona, hija. Son cerca de las siete. Yo aunque no me caso mañana, tengo también mis cosas que hacer.

GABRIELA

Oh, tú eres una mujer ocupadísima. No hay más que verte. (A Pepito.) No tengo tiempo disponible.

PEPITO

Entendidos. Sólo falta explicar...

GABRIELA

No explique usted nada. Aténgase á lo convenido. Yo hasta que me pongo un vestido, no sé si me gusta ó no. Y que esté todo mañana.

PEPITO

Repito que se velará esta noche. Mis excusas por la molestia. El vestido perla *foncé* y el azul *eléctrico* han quedado geniales. Llevados por la señora, lo supremo. Lo mejor que ha salido de mis talleres. No los olvidaré nunca. A los pies de las señoras. Todo listo mañana. Palabra de Pepito. (Vase entre múltiples saludos.)

GABRIELA

(A Carmen.) Que pase el señor. (Vase Carmen.)

LUISA

En cuanto salude á Pablo me voy.

GABRIELA

Será porque quieres: no estorbas: créelo.

ESCENA IV

Los MISMOS y DON PABLO DE ANDARA

PABLO

(Un señor de cuarenta y cinco años. Todo un hombre de mundo. Atildado, correcto, afeitado. Usa montículo. Fisonomía un poco gastada. Viste traje de levita obscuro. Cierta finísimo matiz de desdén en las palabras. Un desdén disimulado, por la más perfecta finura. Un poco de «pose» al andar, al mirar, al moverse.) ¿Se puede?

GABRIELA

Bien venido. (Tendiéndole la mano. Un apretón cordial.)

PABLO

(Reverencia ante Luisa.) No es correcta tal vez esta visita mía...

GABRIELA

No importa. Soy ya casi tu mujer.

PABLO

Falta el casi. Pasaba cerca y dí al cochero las señas. Un día sin verte, es para mí una molestia, que he creído poderme evitar.

LUISA

Sería más galante llamar á esa molestia una pena.

PABLO

(Inclinándose.) Sería más galante, pero sería menos justo. El amor tiene á cada edad, su conveniente medida. Yo no soy un novio de veinte años. Gabriela está más hermosa ahora que una niña de quince, pero ya no es una niña de quince. (Dejando el sombrero en una silla.)

GABRIELA

Soy como si dijéramos, dos niñas de quince.

PABLO

En encantos reunidos, todas las mujeres que recuerdo, salvo Luisa, no te igualan. (Se sienta.)

LUISA

Gracias por la salvedad. Se imponía.

PABLO

Eso dicen de la verdad, que se impone. Siento haber interrumpido tus tareas, Gabriela.

GABRIELA

No. ¿Por qué lo dices?

PABLO

En la antesala, me he cruzado con el mamarracho de Pepito. Es imposible que ese hombre sepa hacer nada bien. ¡Con esa facha!

GABRIELA

Pues tiene una habilidad extraordinaria. Word, era un hombre inexpresivo y...

PABLO

Es igual. Tus modistos son tuyos. Yo los respeto.

GABRIELA

Yo los pago, sin respetarlos.

PABLO

Yo los pagaré con mucho gusto, desde aquí en adelante.

LUISA

Es lo menos que puede usted hacer, con ese dineral. Vaya, hasta la vista. (Tendiendo la mano á Pablo.)

PABLO.

Por mí no se vaya usted.

LUISA

Es que...

GABRIELA

Es que te crees en la obligación de irte y tienes tiempo sobrado. Yo preferiría que te quedaras un rato más.

PABLO

Y yo lo mismo.

LUISA

Usted siempre amable.

PABLO

Tiempo nos queda de estar solos.

GABRIELA

Excesivo tiempo. El necesario para aburrirse.

PABLO

En vísperas de matrimonio, Gabriela, me parece sobrado pesimista tu lenguaje.

LUISA

Tiene razón Pablo. Cosas de esta. Pensarlo, pase; pero decirlo...

GABRIELA

¿Por qué no? Lo franqueza es la base de la felicidad. Me alegraré que Pablo no me dé nunca la razón.

PABLO

Lo conseguirás. Verte, es una invitación á amar.

GABRIELA

Ahora. Una mujer pasa antes que un hombre.

PABLO

Yo soy mucho más viejo que tú. ¿Quién no te admira viéndote?

LUISA

¡Si los retratos oyeran! Detrás de ustedes está el de Pedro Antonio, tu primer marido.

PABLO

(Mirando á la habitación contigua.) Ya podías haberlo quitado.

GABRIELA

Es igual. De ese, ni celos retrospectivos caben.

LUISA

Era un hombre agradable.

GABRIELA

Sí, un hombre agradable. (Pausa. Miranse Pablo y Gabriela.)

PABLO

Tal vez un día, digas de mí lo mismo.

GABRIELA

Si llegara ese día, yo no sería la Gabriela de ahora.

PABLO

Es probable. Yo pienso vivir mucho aún.

GABRIELA

Me alegraré de veras.

LUISA

¡Vaya unos enamorados! Supongo que cuando estén ustedes solos, serán más expresivos.

GABRIELA

Nosotros, no nos casamos enamorados.

LUISA

¿No? ¿Qué dice usted á eso, señor de Andara?

PABLO

Que la falta de engaño en nuestras relaciones, es la base de mi confianza en lo porvenir.

GABRIELA

No habiendo engaño...

PABLO

No podrá haber luego desengaño. Yo no he estado nunca eso que llaman enamorado: prendado, una sola vez. Ahora.

GABRIELA

Gracias.

LUISA

¡Qué frialdad!

PABLO

No es frialdad. Yo, con sobra de todo, de dinero, de edad...

GABRIELA

De edad no.

PABLO

De edad, sí. Ahórrate galanterías. Con sobra de todo digo, aprovecho la dicha de poder alcanzar una mujer excepcional como Gabriela. Desde casada, sin molestarla nunca, la admiré profundamente. Yo, sin ser un refinado como Gabriela...

GABRIELA

Demasiada lisonja. No soy refinada. Me he asomado á todas las ventanas que he podido.

PABLO

¿Te parece poco?

LUISA

Yo me he contentado con los cinco balcones de mi casa.

GABRIELA

Ya que el destino no me dejó llegar á esas cumbres soñadas del amor, sustituyo su falta con lo que tiene la vida de más hermoso, después del amor; la contemplación de todas las bellezas. Adoro los paisajes, los museos, las grandes obras y ciertos libros.

PABLO

Yo, sin ser un príncipe del arte, tengo también esos gustos naturales en tí, siendo inteligente y rica.

GABRIELA

Comparada contigo soy una pobre.

PABLO

Tú nunca puedes ser pobre. Llevas en tí la riqueza.

LUISA

Y la originalidad.

GABRIELA

Sobre todo la fama de ella.

PABLO

A mí, tu fama de original, no me asusta.

GABRIELA

No te la oculté nunca.

PABLO

Lo sé, y espero que tendrás el buen gusto de seguir siendo original.. Digamos *original*, pero cambiando un poco el modo, esto es; sin detrimento de mi dignidad.

GABRIELA

Por de contado. Así lo hemos convenido.

LUISA

Quién hace caso del decir de la gente.

PABLO

A mí me importa bien poco.

GABRIELA

Y á mí. La gente tiene una moral duramente injusta, implacable con los comparsas; indulgente con los que brillan, sin perjuicio de morderles en privado.

PABLO

Por eso, al mundo, no hay que exigirle más que las buenas formas de cortesanía.

LUISA

Ustedes lo entienden. Gabriela en el fondo es un hielo.

PABLO

Eso ella lo sabe. En su juventud, dicen, que estuvo locamente enamorada.

LUISA

No lo crea usted.

GABRIELA

No lo creas. Lo dice Luisa.

LUISA

Romanticismos de criatura. El era pobre.

PABLO

Malo. Los pobres no llegan, casi nunca, á esas cumbres de la pasión.

GABRIELA

Según. Todos hablan del amor y casi nadie lo ha visto.

PABLO

¿Lo viste tú acaso?

GABRIELA

Casi lo entreví.

PABLO

(Medio burlón.) ¡Diantre! Es para alarmarse. ¿Y quién fué ese mortal dichoso?

GABRIELA

Está tranquilo. El mortal, debe de estar muy lejos, y el amor más todavía. Los ensueños no vuelven.

LUISA

Son ustedes encantadores, pero yo les dejo. Imposible detenerme más. Qué visita, ¿eh, Gabriela? Beso á usted la mano, señor de Andara.

PABLO

A los pies de usted, Luisa. Un abrazo á Perico.

LUISA

Vaya usted á dárselo. Estamos de monos.

PABLO

Mejor. Así harán ustedes antes las paces. Perico lo estará deseando.

LUISA

(Yéndose.) Perico no desea ya nada. Se nos ha hecho sabio. No te molestes, Gabriela. Sé el camino. Hasta mañana. Iré á despedirte.

GABRIELA

(Acompañándola hasta la puerta.) Hasta mañana. (Besos.)

ESCENA V

GABRIELA y PABLO

PABLO

¿Esperas gente?

GABRIELA

Los tíos. ¿Deseas verlos?

PABLO

Al contrario. Deseo no verlos.

GABRIELA

(Yendo á sentarse junto á la mesa.) Yo tampoco tengo ningún empeño, pero no puedo negarme.

PABLO

(Sentándose junto á Gabriela.) No faltaba más. ¡Y qué diferente eres tú de ellos! Tu belleza es de esas cerradas á todos los vulgos. Lo exquisito. (Acercando más la silla, tomando la mano de Gabriela y besandola.) Tu piel, tiene algo de frío y resbaladizo. Parece porcelana.

GABRIELA

(Apartando la silla lo mismo que acercó Pablo la suya.) Supon-

go que no me harás una escena anticipada. A cada edad el amor tiene su conveniente medida. Son tus palabras. Ya ves que yo te recibo sin el menor reparo ridículo.

PABLO

Si yo en lugar de ser tu futuro marido, fuera un amante, serías menos severa.

GABRIELA

¡Naturalmente!

PABLO

¡Admirable! Tu cinismo y desenvoltura en todo, lo que temen tanto la mayoría de los hombres, es precisamente lo que me lleva á tí.

GABRIELA

Lo creo. Tú eres muy inteligente para dejarte engañar por las fórmulas corrientes. Las mentiras, se dicen solo á los hombres que las piden. (suena con fuerza una campanilla.)

PABLO

¿Oyes? ¡Llaman! (Levantándose.) Deben de ser tus tíos. Si son, huyo. Por lo solemne del llamar me lo temo.

GABRIELA

A mí, tío Facundo me hace reir en vez de enojarme.

PABLO

A mí las dos cosas.

ESCENA VI

Los MISMOS y CARMEN. Luego DON FACUNDO y NINÍ

CARMEN

(Anuncia.) Los señores de Manjón. (Vase.)

PABLO

¿No lo dije? Solamente tu tío es capaz de llamar así. Y de llegar tan inoportunamente.

(Aparecen don Facundo y Niní. Don Facundo es un señor bajo, algo ventruado, pulido, charolado, flamante. Usa barba corta, partida, peinadísima, mimada por un cuidado constante. Todo el aire de don Facundo es de una fatuidad imponderabilísima. Se cree un centro del mundo y nunca olvida darse á sí mismo todo el homenaje que á su importancia corresponde. Niní es una señora guapa, dominada é insignificante. Vive mirándose en el brillo de su marido.)

FACUNDO

Felices. (Gesto de sorpresa y disgusto al ver á Pablo.) ¡Hombre! ¡Usted aquí hoy! ¡Parece mentira!

PABLO

Pero no lo es. (Inclinación ante Niní.)

NINÍ

(Besando á Gabriela.) Venimos sólo un momento. Un momento.

FACUNDO

(Cuadrado, imponente en medio de la escena.) Siempre serán ustedes impropios. Visita de novios en víspera de boda. Impropio, impropio.

PABLO

Sí; somos poco propios. Poco ingleses, que dice usted también.

FACUNDO

(Gravísimo, sin abandonar la cuadratura.) El inglés es el único gran mundo posible. Lo demás, parodia.

PABLO

(Con una indiferencia aplastante.) Psssi... A mí me tiene sin cuidado el gran mundo. Vaya; no quiero prolongar la incorrección de mi visita, ni el infantil enojo del señor Manjón.

FACUNDO

(Ceñudo.) ¡Infantil!... ¡Oh! (Se sienta.)

PABLO

Señora. (Inclinación cortés ante Nini. Un saludo burlón y desdenoso á don Facundo.) Deseando que llegue mañana, Gabriela. Esta noche me parecerá la más larga de mi vida.

GABRIELA

Acórtala distrayéndote. ¿No estás de cena íntima?

PABLO

Una simple cena de hombres solos. Cuatro amigos. Yo, al casarme, no me despido de nada con pena.

GABRIELA

No tienes por qué despedirte. Conmigo conservas tu libertad. Yo soy poco celosa. (Tocando un timbre de pared.) Adiós, Pablo. (Acompañale hasta la puerta de la estancia. Cuchi-

chean ambos unos segundos bajo el dintel de la puerta. Mientras, don Facundo á Niní.)

FACUNDO

¡Qué ridiculez! En segundas nupcias y á la edad de Pablo... ¡y delante de nosotros! ¡Oh, pintoresco, oh!...

NINÍ

Están enamorados.

FACUNDO

(Siempre rígido, solemne.) ¡Oh!... ¡Oh!

ESCENA VII

Los MISMOS menos PABLO

GABRIELA

Indignado. ¿Verdad, tío?

FACUNDO

¡Qué falta de tacto!

NINÍ

Son así; déjalos.

GABRIELA

Estás rojo, tío. Mal color para tí.

FACUNDO

No me gustan las tonterías en mi familia.

GABRIELA

Estás apoplético. Gravemente apoplético. Claro. Den

tro de esos cuellos de camisa tan altos y ceñidos, la sangre no circula. Tú eres gordo.

FACUNDO

¡Camisa! ¡gordo! *Schocking*.

NINÍ

No lo incomodes, Gabriela.

FACUNDO

Eres incorregible. Tiempore te he reprendido ese estilo llano, ese ordinario hablar alto. Pero es inútil. Aquí no hay más que manolas. Todo manolas.

GABRIELA

¡Qué le vamos á hacer! Comprenderán que todos no pueden irse á educar como tú, en Inglaterra.

NINÍ

Esos consejos son hijos del cariño, Gabriela. Por algo es tu tío.

GABRIELA

Qué duda cabe, por algo es mi tío.

FACUNDO

(Estiradísimo, cual si tuviera los huesos de hierro.) Casada, pienso tratarte poco, Gabriela. Pablo es intolerable. ¡Se cree más que yo! ¡El colmo! Me mira así, como á un señor insignificante. ¡A mí! A Facundo de Manjón y Donoso, del que tanto debiera aprender. Con decirte que un día, en su casa, me sirvieron para almorzar *purée d'écrevisses*. ¡Increible! Tiene unos cocineros ignominiosos. ¡Qué puede esperarse de un hombre que almuerza *purée* y encima *d'écrevisses* como en cualquier fonda de pretensiones!

GABRIELA

¡Sí; realmente es un hombre desacreditado!

FACUNDO

Un hombre que no sabe ni almorzar. ¡Y me proteje á mí! ¡El colmo del colmo!

GABRIELA

(Yendo á sentarse junto á la mesa.) ¡El acabose, vamos!

NINÍ

Hay que pensar en irse, Facundo. Comemos á las ocho y tenemos invitados. Anda, ven, Gabriela y comerás con nosotros.

GABRIELA

No. Gracias. Hoy, arreglando cosas, no he almorzado hasta las cuatro de la tarde.

FACUNDO

(Alzándose majestuoso. Niní sigue su ejemplo. Gabriela permanece sentada.) En todo igual. ¡Qué falta de orden!

GABRIELA

Y claro, ahora no tengo gana. A última hora, antes de acostarme, tomaré un fiambre y té. Aún me quedan algunas cosillas por revisar. Total, nada. Invitaciones pasadas, cartas de admiradores... ¡Majaderías!

FACUNDO

No será porque no tengas los días desocupados.

GABRIELA

¡Qué quieres! Cada cual es como Dios la ha hecho.

FACUNDO

Lo que es á tí, te ha hecho bastante mal.

GABRIELA

(Levantándose y acercándose burlona.) ¿Sí? Pues por ahí no me dicen eso. Fíjate. Mirame bien. Dicen que no soy malita.

FACUNDO

Quita, quita. No te falta más que ponerte en jarras. Tú crees que siendo guapa ya se es todo. Así eres tú de inconveniente. Por cierto que al entrar hemos visto un sujeto de buen porte, con el rostro oculto en la solapa del gabán, que parecía como en acecho. Al vernos se escabulló, y eso me llamó la atención. Tú eres muy capaz de coquetear el día antes de casarte con cualquier quidam.

GABRIELA

¿No has dicho que era un sujeto de buen porte?

NINÍ

Esas cosas no se toman en broma, Gabriela.

FACUNDO

Esta es muy capaz, muy capaz...

GABRIELA

Capaz, sí. Por ahora tengo todas las capacidades; pero en este caso te equivocas. Desde que resolví casarme, no coqueteo con nadie. Más adelante no sé.

FACUNDO

¡Qué cinismo! Yo no puedo con él: ¡vamos! no cambiarás nunca. Te educaron á la madrileña. ¡El colmo!

Hija de tu padre. Mi hermano era como tú; un hombre caprichoso, ligero...

GABRIELA

En cambio tú eres un hombre pesado. Váyase lo uno por lo otro.

FACUNDO

Ya has dicho una gracia y de paso una insolencia. Abur. (Lenta y solemne media vuelta.)

GABRIELA

(Con saludo de «minué».) Adiós, espejo de *gentlemen*. Adiós, tía. (Besando á Niní.)

NINÍ

Adiós, hija, adiós. Cuando os ponéis así, ya se sabe, no lo dejais. Que no te hagas esperar mañana.

FACUNDO

(Tomando el sombrero y saliendo con toda la calma, tiesura y prosopopeya acostumbrada.) Aquí se toma todo á chacota. Este es un país insustancial. ¡El colmo!

(Vanse los tres. Desierta la escena unos segundos, al cabo de los cuales vuelve Gabriela.)

ESCENA VIII

GABRIELA; luego CARMEN y AURELIO

GABRIELA

Sola... ¡Al fin! (Entra un instante en la sala contigua, de donde sale con un cofrecillo cerrado. Sospésalo, siéntase ante la mesa, abre el cofrecillo, saca de él manojos de cartas, un retrato, dos paquetes primorosos envueltos en papel rosado, un anillo y un pañuelo blanco. Contéplalo todo pensativa. Primero el pañuelo, los paquetitos rosados, las cartas, y después anillo y retrato. Luego de remirar ex-

presivamente los objetos, echa al fuego el pañuelo, las cartas, los paquetes sin destapar, y al ir á hacer lo mismo con el retrato, dándole la última ojeada, entra Carmen sin pasar apenas de la puerta.)

CARMEN

Señorita.

GABRIELA

(Ocultando el retrato maquinalmente.) ¿Qué?... ¡Otra vez!

CARMEN

Un caballero joven, que debe de ser persona distinguida...

GABRIELA

¡Visitas!... ¡Y á estas horas!. . ¿No te he dicho que no recibo?

CARMEN

Es que...

GABRIELA

Pero qué torpe eres...

CARMEN

¡Si la señorita no me deja hablar! Si es que dice que no es visita... Que quiere ver á la señora á todo trance...

GABRIELA

¿Pero para qué sirves tú? ¿No sabes quitarte de encima un importuno? Pedirle la tarjeta. Decirle... (Aparece Aurelio en la puerta, tras Carmen, y apartando á esta suavemente, avanza unos pasos en la estancia. Lleva puesto el abrigo. Sombrero y bastón en la mano. Representa unos veinticinco años. Fino, apuesto, elegante) ¡Cómo!... ¡Se atreve usted! (Levantándose bruscamente y cambiando de tono entre confusa y sorprendida.) ¡¡¡Pero es posible!!!

AURELIO

Ya lo ves. Es posible.

GABRIELA

¡Aurelio!

AURELIO

¡Respiro! Me ahorras presentarme. Contentísimo de que me hayas reconocido.

GABRIELA

¡Tú!... ¡¡Tú!!!

AURELIO

Yo, sí, yo.

GABRIELA

Pero...

AURELIO

Sin pero, Gabriela. Yo. (Pausa.)

GABRIELA

(A Carmen.) Puedes retirarte. El señor es un antiguo amigo. (Gesto contenido y expresivo de la Camarera, que saluda y vase. Gabriela y Aurelio quedan mirándose de hito en hito, parados á cierta distancia en el centro de la escena. Pausa.)

ESCENA IX

GABRIELA y AURELIO

GABRIELA

(Con emoción y curiosidad mal disimuladas.) Sí... Eres tú... ¡Y estás lo mismo, lo mismo!

AURELIO

¡Y han pasado trece años!

GABRIELA

¡Trece años! (Pausa.)

AURELIO

Supongo que puedo sentarme.

GABRIELA

Perdona... Realmente la sorpresa, me ha dejado medio aturrida... Estás en tu casa.. Deja el sombrero y el bastón... Siéntate donde quieras. . Y dime, ¿dime; á qué se debe el milagro de verte y de dónde sales?

AURELIO

(Quitándose el abrigo, que deja junto al sombrero y bastón, en una silla.) Hablaremos de todo, con tu venia. Tú estás mejor. Y eso que entonces, parecía imposible, que pudieras ser más hermosa.

GABRIELA

¡Ya! Es muy pronto para galanterías. Acabas de entrar.

AURELIO

Perdona, Gabriela. No son galanterías. Es el agrado de mis ojos lo que acusan mis palabras. Tú no recibes como yo, la impresión súbita de tu hermosura. Soberbia, Gabriela, soberbia... Verdaderamente soberbia.

GABRIELA

Muy bien. Siempre el mismo. ¿Desde cuándo estás aquí?

AURELIO

Llegué ayer por la noche. Si me descuido no te veo. Sé que te casas mañana y que sales en seguida de Madrid.

GABRIELA

Estás bien de informes.

AURELIO

Tratándose de tí, no es difícil. Eres muy conocida.

GABRIELA

Tal vez demasiado. ¿Pero no te sientas?

AURELIO

Espero que lo hagas tú primero.

GABRIELA

(Indicándole un asiento y sentándose en otro.) Cuando quieras.

AURELIO

Gracias. (Mirando en torno.) ;Qué elegantemente vives!

GABRIELA

¿En qué te fijas ahora?

AURELIO

He dicho una tontería. Lo raro será, que no diga muchas más. Desde que te he visto no sé lo que me pasa. Lo natural es que lo tuyo, sea siempre exquisito. Tu reflejo.

GABRIELA

Déjame á mí. ¿Tú? ¿Qué es de tí? Cuenta.

AURELIO

Mi contar sera breve. Tú sabes por qué me fuí.

GABRIELA

Dejemos eso. ¿Qué ha sido de tu vida?

AURELIO

Lo de casi todas las vidas. Lucha. Escasos ratos buenos y un penoso salir á flote.

GABRIELA

Ahora debes estar en plena dicha.

AURELIO

En lo que cabe. Superficialmente.

GABRIELA

Sé que has hecho fortuna.

AURELIO

Relativa. Al llegar á América pasé unos añitos duros. Por mamá hubieras podido saber...

GABRIELA

Lo supe.

AURELIO

Creí que me habrías olvidado por completo. Como dejaste de contestar á mis cartas...

GABRIELA

Era demasiada correspondencia para nada. Luego mi matrimonio...

AURELIO

Ya tuve noticia. Y de cuando enviudaste también.

GABRIELA

Has seguido mi historia, vamos.

AURELIO

Sí, la he seguido. No te burles.

GABRIELA

¿Y ahora, á qué vienes?

AURELIO

Por de pronto he venido á casarme.

GABRIELA

¿A casarte?...

AURELIO

Sí, á casarme. Mira tú qué casualidad; me caso mañana, como tú.

GABRIELA

¿Tú?

AURELIO

Yo, sí, y ella, naturalmente.

GABRIELA

Hombre, sí que es casualidad.

AURELIO

Ya ves.

GABRIELA

¡Sí, ya veo. ¿Y con quién te casas?

AURELIO

Con la hija de mi principal.

GABRIELA

¿Y quién es esa alhaja?

AURELIO

Una chica, ni guapa, ni fea, ni buena, ni mala...

GABRIELA

Una chica regular, vamos.

AURELIO

Una mujer absolutamente insignificante. Siendo ya novios, se decidió á emprender un viaje por Europa. Llegó aquí sola con su madre, que murió repentinamente. Mi futura quedó depositada en casa de una familia amiga. Siendo yo socio ya de la casa, y conviniendo á nuestros negocios un viaje á España, decidí venir yo, casarme aquí, y ahorrar á mi novia las molestias de un viaje sola de vuelta.

GABRIELA

¿Y ella estuvo conforme?

AURELIO

Ella dijo que sí por el cable. Ella quiere lo que quiere su padre, y mañana querrá lo que quiera yo. Es un ser pasivo, como tantas. Resumen: que nos casamos mañana y que también salimos de Madrid en seguida, pero no como tú para el extranjero. Vamos á varias provincias.

GABRIELA

¿Y después?

AURELIO

Después, regresaremos á América. La gran pena mía, es no haber vuelto á ver á mi madre. La pobre murió, como sabes, antes de que yo pudiera socorrerla espléndidamente. En fin, dejemos eso.

GABRIELA

Debes estar enamoradoísimo, ¿verdad?

AURELIO

No te burles. Es un matrimonio de conveniencia.

GABRIELA

De conveniencia para ti. Eres un hombre práctico. Te felicito.

AURELIO

La vida es eso. Esclavitud de las circunstancias.

GABRIELA

Muy bien. Esa es la vida exterior, pero... ¿y la otra, Aurelio?

AURELIO

¿Qué otra?

GABRIELA

La que llevamos con nosotros y no podemos dar á nadie. Tus negocios, tu casamiento, que como el mío, es otro negocio, todo eso, no quita que en los trece años pasados, hayas deseado, amado, gozado.

AURELIO

Poco. Cuando se ha pasado el tiempo buscando una posición, la vida se convierte en un negocio... y... y...

GABRIELA

¿Y qué?

AURELIO

Y un negocio, es siempre una cosa seca y prosaica.

GABRIELA

¿No hay más horas en la vida que esas? ¿Y los goces?

AURELIO

¿Goces? Quedan los puramente animales: comer, beber...

GABRIELA

Y poetizar.

AURELIO

¿Poetizar qué?

GABRIELA

Todo.

AURELIO

Es la manera de no poetizar nada.

GABRIELA

Te equivocas.

AURELIO

Es posible. Será que yo no tengo bastante fuerza poética.

GABRIELA

Acaso. Y di. ¿Ninguna mujer?...

AURELIO

No sigas. Ninguna mujer ha interesado mis horas más que el tiempo preciso de una pura ilusión momentánea y casi también...

GABRIELA

No sigas tú ahora.

AURELIO

Sali de aquí sin más amores que mi madre y tú: ahora solo quedas tú. Es decir, la única página hermosa de mi vida.

GABRIELA

Arranquemos esa página.

AURELIO

No, no la arranquemos. Dejémosla donde estaba.

GABRIELA

Pasó.

AURELIO

Queda en mi recuerdo.

GABRIELA

El recuerdo es un fantasma. No tiene consistencia.

AURELIO

Pero acompaña.

GABRIELA

El tiempo lo mata.

AURELIO

A veces lo agranda. (Con arrebató.) Gabriela, yo te he adorado siempre. Aquello vivirá eternamente en mí, como el único ensueño de mi vida no realizado.

GABRIELA

No realizado por una señora dignidad que se interpuso.

AURELIO

No, Gabriela. Por un monstruo que se llama necesidad, y vino á impedirlo.

GABRIELA

Matándolo. Y como los muertos no resucitan, (Levantándose.) bastante hemos dedicado á ese cementerio ideal, donde reposa tu ensueño.

AURELIO

(Mirándola fijamente.) ¿Y el tuyo?

GABRIELA

¡Qué pregunta!

AURELIO

(Levantándose también.) ¡Qué respuesta!

GABRIELA

No me gustan los ensueños dormidos.

AURELIO

Qué remedio quedaba.

GABRIELA

No haberlos dejado dormir.

AURELIO

La dicha no se realiza nunca.

GABRIELA

Vulgaridades.

AURELIO

Que son verdad. Lo que se amó de veras es mejor no verlo gastado por el convivir diario. Estropeado por el tiempo.

GABRIELA

¿Filósofo también?

AURELIO

No, Gabriela. Yo pertenezco al montón de los que no han sabido ó no han podido hacer de su ensueño su vida. Como tantos, soñé... una cosa y realicé otra. La necesidad es así, despótica.

GABRIELA

No me hables más de la necesidad. Es la excusa que entienden todas las capacidades. Tú sigues tu camino; yo el mío.

AURELIO

Perfectamente... Pero ahora estamos en una estación, que yo he sabido buscar. De tí depende que esa estación sea una parada vulgar ó un Paraíso.

GABRIELA

Un Paraíso por horas. Gracias. No me gustan los paraísos de ocasión. Duran poco.

AURELIO

Hasta ahora, todos los paraísos de que nos hablan han sido interinos. Hasta los dioses tienen su ocaso y pierden el cielo.

GABRIELA

Muy bien: como hay que perderlo, aprendi muy niña á renunciarlo.

AURELIO

Es peor quedarse sin haberlo gozado. Haber estado en el Paraíso, ya es algo. ¡Da una importancia en el destierro!

GABRIELA

Yo soy modesta. Y basta de charla, Aurelio. Me caso mañana, y la noche en vela deja señales en la cara, que no se avienen con una viuda alegre, que hace del amor broma y de la vida ri-a. Yo pienso dormir. (Mirando el reloj) Son las diez de la noche. Yo me retiro. (Además de llamar.)

AURELIO

(Deteniéndola.) ¡Un momento! ¡Dejarme tan pronto es cruel! (Llega á la mesa, mira y, bruscamente toma el retrato que tuvo antes en las manos Gabriela.) ¡Qué! ¡Mi retrato! ¡Aquí! (Pausa. Contéplalo un rato. Luego mira á Gabriela.)

GABRIELA

Lo conservé, como ves, después de casada. Hoy cumpla treinta años. ¡Se acaba mi primera juventud! He echado al fuego los pocos recuerdos buenos de ella.

AURELIO

Y mi retrato...

GABRIELA

Casualmente tu llegada ha impedido que no sea ya cenizas. Cuando entró Carmen anunciándote, iba á tirarlo yo á la chimenea. Quédate con él, si quieres rescatarlo. Más á tiempo no podías llegar.

AURELIO

No me interesa conservar mi efigie. Toma.

GABRIELA

Si lo tomo lo quemo.

AURELIO

Quémalo.

GABRIELA

Trae. (Lo tira al fuego.)

AURELIO

Así me gusta. ¡Tan dura como hermosa! ¡Si te vieras!

GABRIELA

Ya me he visto.

AURELIO

Ahora...

GABRIELA

Me sé de memoria.

AURELIO

Todo se te va en viveza. ¿Y dices que sientes tú?

GABRIELA

¡Qué tonto empiezas á ponerte! Retirarse á tiempo, es una prueba de buen gusto. La oportunidad, es la mitad del talento. Adiós, Aurelio.

AURELIO

¡Adiós, no, Gabriela! Tú no sabes cómo suena en mis oídos ese adiós. Tú no quieres á ese opulento señor de Andara. A lo más, lo estimas. ¿Por qué no me complaces? Tú, tan distinta de otras. Precisamente ahora, acude á mi memoria una carta tuya en la que me decías estabas, desde que pasó nuestro amor, dada ya por completo, al tercer demonio.

GABRIELA

¡Qué salida! Aun te acuerdas.

AURELIO

Las sé de memoria. Las releo siempre. Tus cartas son mis únicas oraciones, porque vienen de tí, que eres mi único amor. De sobra lo conoces y lo sabes tú que eres del tercer demonio para todos los que te placen, menos para mí.

GABRIELA

Qué lejos está eso del presente.

AURELIO

Para mí fué ayer. Recuerdo, cuando leíamos juntos en esos libros exquisitos que tú amas y guardas. En aquel prólogo del *Fausto* de Lessing el segundo demonio cuenta á Satán rey, cómo elevando las olas destru-

yó una flota de corsarios. Satán lo increpa, porque si los hubiera dejado vivir hubieran sembrado más crímenes.

GABRIELA

Te veo venir. El tercer demonio, más práctico, se contenta con exponer una doncella purísima al primer seductor amable. Ella, seducida, ya se vengará seduciendo á otros. Y como yo soy...

AURELIO

No, no.

GABRIELA

Sí; tú pretendes que nuestro amor pasado te sirva para alcanzar, una vez al menos, lo que perdiste cuando quizás no sabías su valor, y aprovechando esta ocasión, realmente propicia, puesto que tú y yo nos casamos sin amor.

AURELIO

No es tan crudo como lo pintas, por Dios.

GABRIELA

No es crudo, es como es. Solo que como es, á mí no me gusta.

AURELIO

¡Cuánto debo haber cambiado para tí!

GABRIELA

Eres el mismo, y estás mejor.

AURELIO

Entonces...

GABRIELA

Por eso. Mira, hace poco, leí un cuento alemán delicioso... Puedes agregarlo como recuerdo póstumo. Se reduce á que una ventera se enamoró de un viajero joven. Figúrate el cuadro. Es obligado. Noche estrellada. Luna. Ventana abierta al campo. Cautos á lo lejos. El viajero dice á la ventera entre muchas ternezas: «No nos veremos más. Parto con el alba. Tú eres libre. Yo también. El amor está en el aire, en la noche, en el silencio. ¿Por qué no nos amamos? Eres hermosa; yo mozo...» La ventera asiente, como asienten las mujeres, resistiendo, por hacer que hacemos.

AURELIO

¿Y tú serías ventera?

GABRIELA

Esas cosas no se preguntan. (1) *Pero advierte, que *yo sólo podría ser ventera con un viajero desconocido *que pasa y no vuelve.

AURELIO

*Lo creo. Ese viajero no podría contarle luego en el *casino de la localidad. Repara que yo estoy en el mismo caso.

GABRIELA

*Yo no temo á los casinos. El único juez de mi conducta soy yo. Un amigo de horas puede ser la alegría *de lo imprevisto, que no deja rastro, pero un amor *primero de esos años en que todo es encanto.*

AURELIO

Pero Gabriela...

(1) Lo marcado con asteriscos se suprimió en la representación.

GABRIELA

En esta Gabriela que te amó, había algo que tú no has visto, más fuerte que todos los demonios juntos, algo que yo oculto en mi mundo de seres ridículos é inertes dignos de piedad. Algo que como no estaba en tí, no podías apreciar tú, ni antes ni ahora.

AURELIO

Yo te juro...

GABRIELA

Es inútil. Yo soñé en tí un hombre y no lo encontré. ¡Verdad que en los demás tampoco lo he encontrado!

AURELIO

El sentido común te dirá...

GABRIELA

Lo que á tí. Pero el sentido común no es la felicidad, ni el ensueño. Tu equivocación está, en siendo hombre de sentido común, querer ser otra cosa. Quédate en tu mundo de seres razonables, y adiós definitivamente.

AURELIO

No te vayas. Te llevas mi alma. Te adoro.

GABRIELA

En este momento.

AURELIO

En todos los momentos.

GABRIELA

Peor para tí, si así fuera. Todos tus momentos serían

amargos. Ahí te quedas. Ya nos lo hemos dicho todo. Cuando te canses de estar solo, llama, y mi camarera te acompañará hasta la puerta de la calle. Que la hija de tu principal te sea leve. (Vase rápida por la sala contigua, cuya puerta cierra. Oyese el rechinar de la llave.)

AURELIO

(Siguiéndola hasta la puerta, que se cierra antes que él pueda impedirlo) No... Oye... Escucha.. Gabriela... Gabriela... (Golpeando dulcemente en la puerta.) Gabriela... ¡Despedirte así!... ¡Gabriela!... (Sigue llamando con los nudillos. Pausa. Luego, para sí, con desaliento y apartándose de la puerta.) ¡Es inútil! ¡La conozco! ¡Cuando se empeña, nadie la tuerce! (Despacio, cabizbajo, toma su abrigo, bastón y sombrero. Queda un rato indeciso en medio de la escena. Vuelve á la puerta, y llamando de nuevo, dice á media voz:) ¡Gabriela!... ¡Oye al menos! Aunque te rias... oye... ¡El ensueño! ¡Qué locura querer cogerlo!... Tú sola, en lo pasado. Nada como tú en lo venidero... Tú no sabes de la vida porque te la dieron hecha. Adiós, Gabriela, adiós, puesto que tú lo quieres. Es mi último adiós sin esperanza. (Vase lentamente por la puerta derecha.)

ESCENA ULTIMA

GABRIELA y CARMEN

GABRIELA

(Saliendo por donde se fué, llega de puntillas hasta la puerta y escucha atenta, luego desanda lo andado y siéntase en una butaca, junto á la mesa. Un corto silencio, al cabo del cual toca el timbre.)

CARMEN

Señorita.

GABRIELA

¿Se fué?

CARMEN

Sí, señora. Llamó desde el corredor. Yo, extrañada,

pregunté cómo no había llamado antes la señora... Temí no haber oído... No sé qué me contestó... Iba como tonto. Lo acompañé, le abrí la puerta... Bajó la escalera... y se fué vacilando y muy pensativo, sin darme las buenas noches.

GABRIELA

Bueno. Vete. Volveré á llamarte luego.

CARMEN

Cuando la señorita quiera. (Vase.)

GABRIELA

(Reclinando la cara en la diestra, queda en actitud reflexiva unos segundos.) La realidad... La vida... Muchos la confunden con el renunciar, que es el morir... La realidad... La vida... Todos hablan de ellas y nadie las conoce... ¡La realidad!... ¡La vida!

TELON

DEL MISMO AUTOR

Trasuntos. (Carta-prólogo de Juan Maragall.) Libreria López. Barcelona.

Las bodas de Camacho, cuadro escénico sacado del *Quijote*, en colaboración con Adriano Gual.

EN PRENSA

Noche de fiesta, ensayo dramático en un acto.

Después del milagro, drama en tres actos, en colaboración con Eugenio D'Ors.

El mismo daño, comedia dramática en tres actos.

El Conde Alarcos, tragedia romancesca en tres actos.

Precio: UNA peseta